

La resignificación del patrimonio arquitectónico para la construcción de una memoria urbana. El caso de la Confeitería del Molino, Buenos Aires, Argentina

Miguel Jurado^(*)

Resumen: En este artículo se analiza la manera en que los edificios preservados del pasado de Buenos Aires experimentan una resignificación orientada a satisfacer nuevas necesidades sociales y culturales de una memoria urbana. En esta exploración se recurre al edificio de la Confeitería del Molino (Buenos Aires, Argentina) como caso de estudio entendiendo que su arquitectura, diseño, estilo y construcción exhiben con claridad la manera en que la significación original y sus mensajes se transformaron con el transcurso del tiempo. El trabajo establece que esa mutación fue impulsada por el cambio en las condiciones de producción de sentido que opera en la realidad argentina desde la década de 1990, lo que desembocó en la necesidad de la construcción de una memoria urbana basada en la arquitectura de la alta burguesía porteña de fines del siglo XIX y principios del XX, proceso que hizo del patrimonio arquitectónico un fetiche identitario y nostálgico a la vez.

Palabras clave: Memoria - patrimonio - nostalgia - identidad - art nouveau - semiótica

[Resúmenes en inglés y portugués en la página 160]

^(*) Arquitecto de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires, investigador de la Universidad de Palermo, maestrando en Gestión del Diseño de la Facultad de Diseño y Comunicación de la Universidad de Palermo, Buenos Aires, Argentina, miembro del programa de Becarios de Posgrado por la Maestría en Gestión del Diseño.

Introducción

El presente trabajo analiza la manera en que el patrimonio arquitectónico de Buenos Aires experimentó una resignificación orientada a satisfacer las necesidades sociales, políticas y culturales de una nueva memoria urbana. En esta exploración se recurre al edificio de la Confeitería del Molino (Buenos Aires, Argentina) como caso de estudio entendiendo que su arquitectura, diseño, estilo y construcción exhiben con claridad la manera en que la significación original y sus mensajes se transformaron con el transcurso del tiempo. Esta

mutación fue impulsada, como se dijo, por el cambio en las condiciones de producción de sentido que operan en la realidad argentina desde la década de 1990, lo que desembocó en la construcción de una memoria urbana basada en la arquitectura de la alta burguesía porteña de fines del siglo XIX y principios del XX, proceso que hizo del patrimonio arquitectónico un fetiche identitario y nostálgico a la vez.

Para analizar esta problemática es necesario mencionar que el proceso descrito no escapa a una tendencia mundial, la que Andreas Huyssen define como un *memory-boom*, la instalación de la memoria como una preocupación constante de las sociedades occidentales (Huyssen, 1995). Para el autor alemán, cuanto más avanza el consumo del pasado y el futuro, más se debilita la percepción que tiene la sociedad sobre la estabilidad e identidad que le puede ofrecer el presente. De esta manera, se comienza a transitar un camino en el que la nostalgia empuja a rescatar el pasado como único camino para restablecer la identidad y la estabilidad perdidas.

Este trabajo explica el actual papel de la nostalgia en la valoración simbólica de la arquitectura del pasado de Buenos Aires sin distinguir sus valores estéticos ni los dispositivos sociales y políticos que le dieron origen. Y analiza cómo los edificios de esa época son convertidos en patrimoniales para convertirse en elementos identitarios de la sociedad actual y colaboran con la construcción de una memoria urbana basada en la idealización del pasado.

Partiendo de la visión de Eliseo Verón, quién afirma que los discursos no se limitan al lenguaje verbal, sino que se extienden a otras formas de comunicación que utilizan sistemas de signos (Verón, 1993), el caso de la Confeitería del Molino resulta esclarecedor en cuanto a la resignificación que experimentó el edificio desde su inauguración a principios del siglo XX y su patrimonialización, rescate, puesta en valor y restauración posteriores, situaciones que sucedieron entre 2014 y 2023.

Siguiendo una óptica semiológica, el presente escrito analiza las condiciones de producción y el contexto social y cultural de la época de la creación de la Confeitería del Molino cuyo diseño reprodujo y fue consecuencia. Pero, con el transcurso del tiempo y con el cambio de aquellas condiciones, el edificio experimentó la reinterpretación simbólica que mencionamos.

Este trabajo muestra la manera en que las condiciones de producción de significado transforman la valoración de la arquitectura. Como afirma Eliseo Verón, toda producción de significado es social, por lo que la valoración y el significado que se le asigna a la arquitectura de la Confeitería del Molino no puede entenderse sin considerar las transformaciones del contexto social en el que se produce. La historia de la Confeitería del Molino exhibe con claridad esa situación, mostrando la enorme diferencia de significación que ejercía su arquitectura en los contextos sociales y culturales originales y en los de hoy.

Para desarrollar estos puntos, la presente investigación establece la manera en que el patrimonio arquitectónico contribuye a la memoria urbana; explica el contenido nostálgico e identitario que cimentan los procesos de patrimonialización de la arquitectura, entendidos estos como todo proceso de protección de los edificios del pasado, desde la catalogación hasta la investidura como Monumento Histórico Nacional. También se describe el cambio en la valoración simbólica de la Confeitería del Molino y su ajuste a las necesidades sociales, políticas y culturales de darle vida a una memoria urbana aristocrática y sofisticada. En este sentido, este trabajo converge con los postulados del alemán Andreas Huyssen

que elabora la idea de “monumento fugitivo”, referido a la forma en que los monumentos cambian de significación y son reinterpretados por diferentes generaciones. El filólogo afirma que los monumentos no son objetos estáticos, sino depositarios dinámicos de una memoria que se renegocia constantemente (Huysen, 1995).

Hipótesis

El patrimonio arquitectónico de Buenos Aires experimentó una resignificación ajustada a las necesidades de la construcción de una memoria identitaria y nostálgica para la ciudad.

Memoria y nostalgia

Para abordar la manera en que la nostalgia construye la memoria es necesario destacar el interés de la sociedad por conservar y convertir en patrimonio histórico una parte de edificios del pasado aristocrático porteño. Aquí se sostiene que son las cuestiones nostálgicas, junto a las identitarias, las que más inciden en la valoración del pasado reciente de Buenos Aires porque es percibido como un tiempo de grandeza, opulencia y éxito que resulta necesario recordar para establecer un vínculo con esa visión culta y sofisticada del pasado urbano, invisibilizando cualquier otra influencia más plebeya de la historia de ciudad. De hecho, no son todos los edificios del pasado porteño los que reciben protección y se preservan, ya en esa selección existe un criterio de valoración que valdría la pena analizar. Aquí aceptamos que las características de esa época son trasladadas simbólicamente a los objetos sobrevivientes, como los grandes edificios, y son ellos los que elevan la autoestima colectiva en momentos de inestabilidad, crisis de identidad y baja confianza en el futuro (Lipovetsky, 2014). En estos términos es que el patrimonio arquitectónico se nutre de la nostalgia histórica para representar ese pasado idealizado. Aunque, no hay que olvidar que, según Huysen, la nostalgia tiene la capacidad de falsificar o cambiar las narraciones históricas como veremos más adelante (Huysen, 2003).

En términos generales, la nostalgia se define como el anhelo de vivir una experiencia, consumir un producto o un servicio del pasado; un deseo provocado por el recuerdo de un objeto, una persona, un acontecimiento, un perfume o una música (Belk, 1990). Pero, las personas pueden sentir nostalgia tanto de un pasado propio como de uno que no hayan experimentado directamente, con lo que podemos afirmar que la nostalgia se puede constituir en una sensación colectiva, pero a la que se le da forma en base a las expectativas del presente (Cui, 2015).

En términos urbanos y culturales, hoy el patrimonio arquitectónico que se nos presenta como un valor sobresaliente pero se lo propone como un bien consumible más desde el turismo, la cultura o la publicidad. Pero este producto tiene un atractivo extra, lleva añadido los valores simbólicos del pasado. Para ese tipo de producto existen distintas motivaciones de consumo pero dos tipos de consumidores básicos, el habitante de la ciudad y el turista. Los dos tienen distintos objetivos, pero ambos comparten algunas necesidades que potencian el carácter nostálgico del patrimonio.

El habitante de la ciudad percibe las condiciones de memoria del pasado que emanan de un edificio determinado, ya sea porque pertenece a su propia rememoración o porque tiene un valor simbólico colectivo superior. En cualquier caso, el ciudadano mantiene una mirada nostálgica que se basa en la creencia de que el pasado se acumula en los edificios o en algunos lugares de las ciudades caracterizados por su arquitectura, y considera que esas permanencias detentan esa acumulación de tiempo y deben ser conservados porque dan testimonio que las cosas sucedieron de una determinada manera, fueron reales, y esa condición le dan sentido al presente. Es por eso que el habitante urbano pide que esas construcciones sean atesoradas, conservadas y cuidadas.

El turista, por su parte, alcanza a percibir los rastros de esa memoria urbana y cultural en los bienes colectivos conservados porque su valor artístico e histórico le resulta evidente. Con esa valoración, el visitante busca alimentar de sentido singular la experiencia que le brinda el lugar que está conociendo. Por carácter transitivo, también existe nostalgia en la mirada del turista.

La nostalgia puede ser entendida como una elección personal, independiente de si el sujeto fue protagonista o no de esa experiencia del pasado. Entonces, no sólo se nutre de experiencias personales, sino que también puede adquirirse con una determinada resignificación del pasado, es una construcción consciente o inconsciente del individuo o de las sociedades (Davis, 1979, p.108). Si la nostalgia es imaginaria y delegada por el observador, en lugar de objetiva e inherente a los objetos que la inspiran, comparte un mismo patrón que la manera en que el valor patrimonial es asignado a los objetos (Belk, 1990). “En nuestra sociedad existe el convencimiento de que este tipo de objetos (los patrimoniales) merecen conservarse porque valen alguna cosa más que la pura impresión que producen al encarados; es decir que atesoran otros méritos y propiedades que los hacen merecedores de respeto y que esconden un sentido oculto o no, directamente evidente que tienta al descubrimiento; y también, más concretamente, porque contienen información” (Ballart Fernández y Juan I Tresserras, 2005, p. 220).

Todas estas situaciones se desencadenan porque hoy, el tiempo se ha vuelto más valioso que nunca, perderlo genera una ansiedad colectiva, por lo que se crea una valoración extrema del pasado y de la memoria. Esta característica se agrava porque el sujeto social está preocupado por el porvenir y el futuro y ve con nostalgia un pasado idealizado donde la seguridad y la tranquilidad eran moneda corriente. “Existe un consumo de la relación con el tiempo, y una expansión de la lógica comercial que asedia el territorio de la memoria” (Lipovetsky, 2014, p. 94).

Identidad, memoria y globalización

Identidad y nostalgia son dos valores que se presentan muy asociados en los últimos años, al punto que no se puede saber cuál es resultado del otro. Enfáticamente, Prats (1997) define como la característica más importante del patrimonio su capacidad para representar simbólicamente una identidad.

Como ya dijimos, el patrimonio arquitectónico, en tanto símbolo concreto del pasado, tiene la capacidad de representar tanto ese pasado como la cultura asociada a él en busca de afirmar la identidad de una sociedad. Podemos decir que en ambos casos, se constituye en vehículo de la memoria toda vez que es una representación material e institucional de la historia. Así como identidad y nostalgia son valores asociados, identidad y memoria resultan conceptos que funcionan vinculados a la definición de patrimonio (Thomasz, 2017). Sin ir más lejos, la Dirección General de Patrimonio del Gobierno de la ciudad de Buenos Aires define al Patrimonio Cultural como “el conjunto de bienes culturales que nos pertenecen a todos como parte de una sociedad y constituyen el legado y sustento de la memoria histórica y de nuestra identidad cultural como Nación”. En el mismo sentido, el Grupo de Trabajo de Patrimonio Inmaterial brasileño adopta la definición de patrimonio cultural de Brasil que se expresa en los Artículos 215 y 216 de la Constitución Federal. Y lo define como “el conjunto de bienes culturales de naturaleza material e inmaterial que se refieren a la acción, a la memoria y a la identidad de los grupos que forman la sociedad brasileña”. Por otro lado, los edificios históricos y patrimoniales se han convertido en elementos esenciales de la cultura ya que, como se ha visto, son la suma de los valores simbólicos y nostálgicos que evocan un pasado, muchas veces idealizado, en un momento en que se hace cada vez más evidente la pérdida de identidad que sufre el hombre moderno. También el fracaso de la utopía moderna, medido en los resultados que arroja sobre la precaria realidad social y urbana, por no hablar de la económica y ambiental, hace que esa ilusión perdida se transforma en nostalgia. “Surge el concepto moderno de monumento, en un contexto en el cual el hombre busca sus señas de identidad en el pasado existente en la ciudad y rechaza la técnica como mediadora entre los hombre y el mundo” (Mayoral Campa, 2001, p.74).

De esta manera, la monumentalización de los edificios del pasado, en entendida como la suma de patrimonialización, protección y la asignación de valores representativos colectivos, es consecuencia de la necesidad de contar con elementos que representen lo permanente frente a la volatilidad del tiempo actual (Mayoral Campa, 2001). Es necesario aclarar que existe una delgada línea que separa una pieza de patrimonio arquitectónico del monumento, y lo que empuja a pasar de un lado al otro es la necesidad colectiva de contar con un testigo tangible de un pasado al que se convierte ilusoriamente en inmutable y se mitifica, justamente, mediante la veneración del objeto patrimonial convertido en monumento. Por definición, el monumento resume y unifica las nociones de memoria, historia e identidad. Si bien el concepto nació vinculado a edificaciones de valor artístico, hoy se incorporan en ese rubro otras de menor calidad artística pero más populares, sentidas por la sociedad como parte de la memoria colectiva. Esta nueva condición de monumento establece, en términos generales, que cualquier objeto puede alcanzar ese carácter si es aceptado socialmente como un símbolo que trasciende su tiempo (Riegl, 2008). Así, existen monumentos que son concebidos como hitos conmemorativos históricos desde su creación y otros, edificios u objetos, que alcanzan ese carácter después y más allá de la motivación que les dió origen. Como veremos más adelante, las condiciones de objeto de consumo cultural que adquiere el patrimonio edificado en la actualidad, atada a las necesidades del turismo, establece que el grado de mantenimiento y restauración a nuevo sea una condición imprescindible para su valoración económica y simbólica.

En resumen, un edificio patrimonial convertido en monumento contiene dos valores rememorativos de una época. El primero está dado por su antigüedad, ser testigo de un pasado perdido. Otro es el valor histórico que es asignado por la sociedad por el carácter insustituible en el desarrollo de su historia. Distinto es el caso de las construcciones nacidas para rememorar algo del pasado, una batalla, una personalidad o un acontecimiento que tiene un valor rememorativo intencionado que se representa a través de sus alegorías y, generalmente, gracias a un valor artístico intrínseco. Con el paso del tiempo, a estos valores de monumento conmemorativo se le añade un valor histórico y de antigüedad, aunque, los monumentos intencionados son obras especialmente realizadas para mantener vivos y presentes actos de individuos o grupos en la conciencia de las generaciones venideras (Mancini 2016) y la alegorías son las encargadas de mantener activas las condiciones de producción de sentido de su creación.

Es distinto el caso del patrimonio arquitectónico que puede tener un valor artístico o histórico, o carecer de él, pero en tanto objetos del pasado son patrimonializados por su antigüedad y en la medida que pueden contribuir a la construcción de una memoria urbana deseada. Justamente, Mancini explica al conjunto de prácticas que definen la patrimonialización de los objetos como un proceso que busca establecer la memoria de un pasado convenientemente elegido, que se instituye por repetición o costumbre. De este modo, de todo un conjunto de objetos que podrían ser patrimonializados sólo los que se ajustan al patrón de identidad buscado intencionalmente en un momento determinado de la historia y respondiendo a los parámetros culturales y sociales de la época se convierten en monumento.

Entre los criterios de valoración de la arquitectura del pasado existe el concepto de legado, una condición que lleva a la idea de legitimidad como base de cualquier criterio de patrimonialización. Así, todo aquello que abone al patrón cultural heredado se convierte en patrimonio de una comunidad.

Convertir al patrimonio en representativo de toda la sociedad es una estrategia usual de las clases dominantes, sobre todo en los estados nuevos como los americanos. A la vez que sirve para inventar una condición de nación en colectivos de distintas filiaciones culturales, homogeniza para adentro y afirma la posición social de la clase dominante.

Si bien, en los estados jóvenes, el énfasis puesto en la legitimidad del patrimonio lo hace ver como algo naturalmente aceptable, cada vez se disputa más su carácter universal ya que queda claro que la legitimidad de un objeto patrimonial no es una cualidad sustancial del objeto, sino que es una cualidad asignada por los grupos sociales dominantes en base a patrones culturales hegemónicos en distintos momentos históricos (Rosas Mantecón 2000).

Resumiendo, los edificios del pasado se convierten en monumentos por su carácter permanente frente a la volatilidad del tiempo y se transforman en testigos mudos y privilegiados de un pasado mítico, el patrimonio asume el papel de mediador entre pasado y futuro, como defensor de los signos de identidad frente a los fenómenos de globalización que licúan las diferencias entre comunidades. En este contexto, la búsqueda identitaria encuentra alivio en los edificios históricos, los que llamamos patrimoniales o monumentos históricos, ellos hablan de un pasado idealizado al que nos aproximamos con la nostalgia de haberlos perdido.

Huysen asegura que los monumentos históricos son una forma de materializar la memoria colectiva, es decir, permiten que el pasado sea tangible y visible en el presente. Así, el patrimonio arquitectónico es el encargado de concentrar la memoria colectiva y de fijarla. Pero advierte que los monumentos históricos no son neutrales, representan una versión específica y construida del pasado, alentando un tipo especial de memoria selectiva, que puede omitir ciertos aspectos de la historia y privilegiar otros con intenciones políticas e ideológicas (Huysen, 2003).

Es decir que, si bien el monumento logra por medio de la nostalgia convocar una memoria del pasado, ese pasado es seleccionado intencionalmente, a veces por motivos vitales, como mantener la identidad de una comunidad, pero también para mantener un determinado orden jerárquico, social o económico. De este modo, el patrimonio compone una memoria a través de objetos y tradiciones que coinciden con un perfil ideológico, político o social determinado por los grupos hegemónicos de cada momento (Mayoral Campa, 2001).

En conclusión, identidad y nostalgia son dos valores añadidos al patrimonio, lo constituyen y consagran de la misma manera que el patrimonio los evoca y sacraliza. En ese proceso dialéctico, el valor del patrimonio deja de ser una condición natural de las cualidades de un objeto o de una tradición, para convertirse en herramienta en la construcción de una determinada memoria que condiciona el comportamiento social y es condicionada por él.

La Confeitería del Molino, auge y decadencia

El edificio de la Confeitería del Molino se encuentra en el barrio de Balvanera, Buenos Aires, Argentina. Más precisamente en la esquina de las avenidas Rivadavia y Callao, en la Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Ubicado en diagonal a la Plaza del Congreso y frente al Palacio del Congreso de la Nación Argentina. Fue inaugurado en 1917 por Constatino Rossi y Cayetano Brenna, reposteros italianos, que adoptaron ese nombre para la empresa porque a pocas cuadras de allí funcionó el primer molino harinero de la ciudad.

La construcción del edificio le fue encargada al arquitecto italiano Francesco Gianotti (1881-1967) que adoptó un estilo *Art Nouveau* para lograr un cierta unidad de concepto, sobre todo mediante la utilización del estilo en los detalles ornamentales como trabajos de herrería, molduras y cornisas.

En realidad, la construcción de la Confeitería resultó de la unión de tres edificios existentes a los que se le agregó una significativa cantidad de metros cuadrados. La obra amalgama el edificio original de 1904 que estaba en la esquina y tenía dos pisos; otro sobre la avenida Callao 32, y un terreno longitudinal que sirvió para la ampliación, ubicado del otro lado de la esquina, en Rivadavia 1815. La reforma de Gianotti unificó los edificios, le sumó cinco pisos más y le agregó una singular torre que llega a los 75 metros de altura.

La calidad de los servicios que ofrecía la Confeitería, así como su singular arquitectura convirtieron al establecimiento en un emblema de la *Belle Époque*. Aún después de 1930, su fama se mantuvo intacta. Pero, con la desaparición de sus dueños originales, y también por un cambio en los hábitos de consumo tanto simbólico como gastronómico de la so-

ciudad, la firma experimentó una lenta decadencia y pasó por distintas manos hasta su quiebra en 1978.

En 1997, cuando la confitería dejó de brindar sus servicios, un decreto presidencial declaró al edificio como Monumento Histórico Nacional y, tres años más tarde, fue convertido en Patrimonio Histórico del *Art Nouveau* y Vanguardia de la *Belle Époque* por la UNESCO.

En 2014, el Congreso Nacional sancionó su expropiación y adoptó un plan de restauración que llevan a cabo desde 2018 hasta hoy, el Poder Legislativo, el Gobierno nacional y la Ciudad de Buenos Aires.

Semiosis social de ayer

Para acercarnos al sentido semiológico de la Confitería del Molino en los términos que plantea Eliseo Verón, y su transformación en el tiempo, vamos a identificar el contexto social y cultural en el que se construyó, analizar qué discursos produjo y reconoció dentro de ese contexto y describir cómo el diseño del edificio contribuyó a reforzar o construir relaciones de poder. Este último punto es clave para entender la manera en que las cuestiones de índole estilístico intervienen como discurso tanto como herramienta de empoderamiento (Verón, 1993).

El *Art Nouveau* fue un movimiento artístico europeo que surgió a finales del siglo XIX y principios del siglo XX en Europa y que se caracterizó por un estilo ornamental y decorativo que buscaba romper con la tradición clásica y las convenciones estilísticas del pasado. Ese rechazo al historicismo y a la imitación de estilos pasados dió origen a esta expresión creativa más libre, que incorporó elementos ornamentales inspirados en las formas de la naturaleza y del mundo moderno.

En Buenos Aires, ese espíritu rupturista con la tradición, junto a las formas frescas y desenfadadas del estilo aportaban un aire de renovación muy acorde con el ánimo de la *Belle Époque*, con el optimismo económico que emanaba del rápido crecimiento urbano que experimentaba Buenos Aires y con el perfil festivo muy acorde a la época y al destino comercial de lujoso salón de fiestas que había adoptado la firma.

Sin embargo, en Buenos Aires, el *Art Nouveau* también encarnó una suerte de lucha social, de juego en las relaciones de poder. Como explica Florencia Barcina en su trabajo “Buenos Aires, una periferia de ultramar. *Art Nouveau* en Buenos Aires” (2013) desde 1880, la arquitectura de cuño francés, conocida como *Beaux Art*, fue hegemónica en Buenos Aires no solo en edificios institucionales y administrativos, sino también en residencias particulares, convirtiéndose en el estilo de la alta burguesía porteña y los hacendados.

Sin embargo, para fines del siglo XIX y principios del XX, los inmigrantes europeos, devenidos en burguesía enriquecida, apuntaban a otras vertientes estilísticas que los identificara. La nueva clase media alta, comerciantes, profesionales e industriales venidos del exterior, buscó diferenciarse de la vieja oligarquía y el *Art Nouveau* resultó uno de los nuevos estilos europeos ideales para mostrar modernidad, vanguardismo y oponer “la calidad de rico que se ha hecho a sí mismo al conservador academicismo de las antiguas

familias terratenientes, de fortuna heredada y costumbres anquilosadas” (Barcina, 2013). Alimentando la disputa identitaria y la lucha por el poder simbólico de representación cultural, tanto en periódicos como en documentos oficiales, los políticos e intelectuales conservadores atacaban a las nuevas tendencias arquitectónicas acusadas de mal gusto. Lo que demuestra que la elección consciente o inconsciente de la burguesía inmigrante enriquecida no fue indiferente para la oligarquía patricia y, se puede decir, que el discurso identitario de una clase social comenzó una disputa dentro del ámbito de la validación cultural.

Pero si bien en Buenos Aires, el *Art Nouveau* se convirtió en un discurso diferenciador en el plano social y reconstruyó las relaciones de poder entre dos burguesías enfrentadas en la disputa de una representación social, no significaba lo mismo en Europa, de donde se importó el estilo. En su continente de origen, el *Art Nouveau* establecía un discurso emparentado con la reforma social y política. Muchos de los artistas y diseñadores del movimiento abogaban por la igualdad de género y la lucha contra la pobreza y la desigualdad. Además, en Europa, la arquitectura *Art Nouveau* fue una nueva forma de crear un flujo de espacios internos más orgánicos y naturales, rechazaba la simetría y la rigidez en la distribución de las habitaciones, la creación de espacios multifuncionales y una mayor interacción entre el interior y el exterior del edificio. Por su parte, en Buenos Aires, el arte nuevo se limitó a lo superficial, al ornamento, a la fachada, sin mayor repercusión en la distribución interna de los edificios, que seguían conservando una organización espacial típicamente académica (Barcina, 2013). “La actitud contestataria del *Art Nouveau* se difuminaba en Buenos Aires. Se adoptó entonces el fruto de todo aquel proceso pero comprendiendo sólo una parte de su creación, se enarbó como símbolo de vanguardia, como estandarte de rebeldía o, simplemente, como un estilo más de los que daba la inagotable fuente europea” (Barcina, 2013, p.5).

La construcción de la memoria

Con el paso del tiempo, la Confeitería del Molino experimentó un cambio simbólico impulsado por un conjunto de transformaciones en los significados y simbolismos asociados al edificio, no tanto como obra arquitectónica sino como testimonio de un pasado que se comenzó a valorar socialmente de otra manera en tiempos recientes.

El edificio, icónico desde su creación, originalmente era considerado un emblema de la sofisticación y el lujo al alcance de la clase media naciente que disfrutaba de sus servicios de confitería y salón de fiestas. Su arquitectura no solo identificaba a esa clase media alta en ascenso sino que establecía un escenario festivo y singular acorde al espíritu de la época y a su destino comercial.

Durante su apogeo, fue un lugar de encuentro para intelectuales, artistas y políticos argentinos revistiendo a su arquitectura del carácter social de encuentro y esparcimiento, una agenda nueva para la recreación de la clase media porteña naciente. Estos valores constituyen las condiciones productivas de su nacimiento. Sin embargo, a medida que pasaron los años, el edificio comenzó a decaer hasta que fue cerrado en 1997.

En este proceso, el cambio simbólico que experimentó el edificio Confeitería del Molino se puede analizar en términos de las representaciones que le atribuye la sociedad y cómo estas van evolucionando con el tiempo.

La decadencia de la Confeitería del Molino a partir de fines de los 70, su cierre a fines de los 90 y el abandono que experimentó hasta hace unos pocos años manteniendo su presencia en estado ruinoso puede ser entendida como una pérdida simbólica para la sociedad porteña o mejor, el símbolo de una pérdida, la de su pasado esplendoroso que se mostraba en ruinas. Es decir que, en todo ese período, el edificio pasó de ser un símbolo de prestigio y cultura activo y vital a un símbolo de decadencia y abandono. En esa transformación, el edificio se constituye en receptor de un tipo determinado de rememoración, la de un pasado perdido en el que los valores asociados al lujo y la sofisticación de la *Belle Époque* muestra su finitud y vacuidad y en la que un programa que proponía un servicio aristocrático para la clase media en ascenso exhibe su decrepitud.

La presencia ruinoso de la Confeitería del Molino como memoria de un pasado obsoleto es cada vez menos soportable en la medida que Buenos Aires, en los 90, se incorpora a la globalización. En este proceso resuena el retorno del esplendor y de los lujos de las viejas oligarquías ahora como posible objeto de consumo masivo. Comienza un tiempo en el que se alientan lo exclusivo y se asume como natural la aculturación global.

Con la globalización, Buenos Aires se incorpora a lo que se dió en llamar la “Competencia entre ciudades”, una estresante compulsión por ganar el favor de los capitales financieros y del turismo. Una lucha en la que gana la ciudad que mejor pueda mostrarse tanto como mercado integrado al mundo y dechado de características singulares.

Si como asegura la tesis de Diego Vazquez (2020), en ese tiempo, Buenos Aires se incorporó a la moda de la requalificación del espacio público, no es menos cierto que el rescate de los edificios patrimoniales cobró notable impulso. Es en esa época que se termina de construir la Catedral de La Plata, se restaura por primera vez el Congreso de la Nación y se declara el edificio de la Confeitería del Molino en Patrimonio Nacional, entre muchas otras acciones similares.

Es aquí cuando debemos retomar a Huyssen cuando afirma que las ruinas no tienen lugar en la cultura mercantil y memorialista del capitalismo tardío. El rasgo de decadencia, erosión y vuelta a la naturaleza se elimina lo antes posible y la autenticidad misma se ha convertido en parte de la preservación lo que solo logra incrementar la nostalgia (Huyssen, 2006). Este pensamiento aclara la fiebre restauradora que caracteriza al patrimonialismo del siglo XXI. Para entender eso hay que considerar que los edificios patrimoniales sufren las lógicas del mercado, al ser transformados en mercancías necesitan estar siempre relucientes, en la sociedad de consumo, lo viejo se descarta, lo obsoleto se tira a la basura y las ruinas se demuelen para ser reemplazadas por nuevos edificios. Como las personas que hoy luchan por no envejecer y apelan a cirugías y tratamientos, el patrimonio arquitectónico tampoco puede mostrar su envejecimiento natural y debe ser restaurado o, como se comenzó a citar con mayor frecuencia, debe ser puesto en valor, como si careciera de él si muestr el paso del tiempo.

Así, la puesta en valor o la restauración de la Confeitería del Molino puede ser vista como restitución de su valor como bien consumible. Este trabajo encarado en los últimos años

ha despertado un enorme interés por el edificio, lo que ha generado un cambio en sus condiciones de rememoración..

Ese interés actual coincide con la importante revalorización de la arquitectura de Buenos Aires de fines del siglo XIX y principios del XX que se incrementó durante las últimas décadas. Efectivamente, a partir de 1990, esa valoración no sólo se manifestó en el interés de expertos y especialistas en conservar edificios construidos en ese período sino también de organizaciones de la sociedad civil y autoridades estatales.

Ese proceso también corresponde a una tendencia mundial que Andreas Huyssen define como un *memory-boom*, la instalación de la memoria como una preocupación constante de las sociedades occidentales (Huyssen, 1995), pero, en el caso de Buenos Aires se aplica a la arquitectura de la alta burguesía porteña. Para el autor alemán, cuanto más avanza el consumo del pasado y el futuro, más se debilita la percepción que tiene la sociedad sobre la estabilidad e identidad que le puede ofrecer el presente. De esta manera, se comienza a transitar un camino en el que la nostalgia empuja a rescatar el pasado como único camino para restablecer la identidad y la estabilidad perdidas.

Por otro lado, como se explicó antes, la preocupación de las autoridades y de la sociedad porteña por construir una memoria está muy atada a recuperar testimonios de su pasado. Como se dijo, la nueva necesidad de identificación simbólica tiene correspondencia con incorporación de Argentina a la globalización que amenaza con licuar las diferencias entre naciones, ciudades y lugares tiñendo todo de un estándar estético y simbólico pasteurizado. En Buenos Aires, esa amenaza de aculturación convirtió a los edificios de fines del siglo XIX y principios del siglo XX en reservorio de la memoria colectiva, testimonio de una época gloriosa y fetiche de un destino de igual grandeza, condiciones suficientes para activar una identificación de raíz nostálgica (Stern, 1992).

Pero la revalorización del edificio Confeitería del Molino no implica una evocación de los significados que operaron en su creación y época dorada, y mucho menos una reedición de las condiciones de producción que le dieron origen. La revalorización del edificio se funde en la construcción de una memoria histórica y cultural de Buenos Aires asociada al lujo y la sofisticación de cuño aristocráticos que sucedió a finales del siglo XIX y principios del XX. No distingue los valores simbólicos que separaban a la Confeitería del Molino de otros edificios de la misma época como el Palacio del Congreso Nacional o las residencias de la alta burguesía terrateniente, licúa las diferencias y los conflictos simbólicos, empareja lo que representaban todos estos edificios en su momento.

Si bien hoy, la Confeitería del Molino se ha convertido en un símbolo de la lucha por la preservación de la memoria colectiva y la identidad local, al establecer un vínculo de naturaleza nostálgica con aquel pasado idealizado tal como lo hacen otros edificios de la misma época se somete a una resignificación que le hace perder sus significados iniciales en una suerte de derrota simbólica.

Conclusión

Desde la perspectiva de la construcción social del discurso, enfoque de Eliseo Verón, la arquitectura implica un lenguaje visual y espacial que comunica significados y valores. En su formulación influyen condiciones de producción social, institucional, técnica e ideológica. Las que actúan sobre la forma en que se diseña y construye un edificio, pero también en la manera en que se transmiten sus mensajes y significados y, sobre todo, en la manera en que se perciben esos mensajes y significados (Verón, 1993).

El caso de la Confeitería del Molino muestra cómo, en el momento de su creación, su arquitectura reflejaba las relaciones sociales, las jerarquías y las estructuras de poder de la sociedad porteña a principios del siglo XX. Además, convertido en patrimonio, detenta una de las características excluyente de este tipo de preservación, su capacidad para representar simbólicamente una identidad (Prats, 1997). Para completar el conjunto de virtudes del caso, a lo anterior se le suma que el concepto de identidad se encuentra estrechamente ligado al de memoria, y en muchas de las definiciones sobre el patrimonio ambos términos aparecen mezclados (Thomasz, 2005), por lo que el edificio de la Confeitería del Molino condensa múltiples condiciones que le confieren un valor singular.

Por otro lado, el estilo elegido para su construcción implicaba, en su momento, una actitud desafiante a la cultura conservadora vigente, hegemónica del Buenos Aires de esa época. Los materiales importados de Europa y el exquisito trabajo artesanal mostraban lujo y sofisticación, y junto a la distribución espacial canónica reproducían el aire de exclusividad que la burguesía terrateniente disfrutaba en sus residencias particulares. En este caso, los salones y la confitería eran parte de un nuevo programa de recreación y consumo que se ofrecía para una naciente clase media.

El ejemplo muestra la manera en que con el paso del tiempo, la arquitectura, aún permaneciendo inmutable, cambia en términos de significación debido a que el discurso arquitectónico cambia sus condiciones de producción de sentido.

La actual restauración refleja el renovado interés por el rescate de la arquitectura de principios del siglo XX, que se establece en unos términos de producción diferentes a los de su construcción inicial. La puesta en valor no busca brindarle sofisticación y lujo en un nuevo programa de recreación para la clase media naciente como fue en un principio. Tampoco es la reedición del recurso iconográfico de un estilo nuevo y desafiante para lograr una identificación contrapuesta a la de la vieja oligarquía terrateniente que se identificaba con la arquitectura neoclásica francesa. El edificio restaurado construye la memoria de un pasado idealizado en el que se confunde el discurso de la arquitectura de la burguesía inmigrante con la arquitectura de la burguesía conservadora terrateniente en una sola apelación al glorioso pasado nacional forjado desde 1880 hasta 1930. Esa memoria no distingue las diferencias sustanciales en la creación de la Confeitería del Molino con otros edificios de la época, ni delata los conflictos de poder que el discurso estilístico abordaba en el campo cultural de su época.

En definitiva, en el proceso de construcción de la memoria cultural y arquitectónica de Buenos Aires, el cambio simbólico que experimenta el edificio Confeitería del Molino implica una transformación en los significados y representaciones que la sociedad le atribuye al edificio. Esta mutación refleja una revalorización del edificio como un símbolo histórico

y cultural de una época idealizada, e invisibiliza los valores y conflictos que se jugaban durante su creación.

Esta comprobación viene a coincidir con las afirmaciones del historiador francés Pierre Nora que asegura que la memoria no es una condición estática sino un proceso dinámico que se reelabora constantemente, no es la mera acción de recordar el pasado, es una forma de construir significado desde el presente (Nora, 2009).

Referencia bibliográficas

- Ballart, J.; Fullola, J.M. y Petit I Mendizábal, M. A. (1996). El valor del Patrimonio Histórico. *Complutum Extra*, 6(11), 1996: 215-224.
- Barcina, F. (2013) Buenos Aires, una periferia de ultramar. *Art Nouveau* en Buenos Aires. Actas del Congreso Coup de Fouet, Barcelona, España.
- Belk, R. (1990). The Role of Possessions in Constructing and Maintaining a Sense of Past, *Advances in Consumer Research*, 17.
- Cui, R. (2015). *A Review of Nostalgic Marketing*. Jinan University Management.
- Davis, F. (1979). Yearning for Yesterday: Sociology of Nostalgia. *American Journal of Sociology*, 87 (6).
- Huysen, A. (2002), *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Huysen, A. (2003). *Present pasts, urban palimpsest and the politics of memory*. Stanford. Stanford University Press.
- Huysen, A. (2006). Después de la gran división. Modernismo, cultura de masas y posmodernismo. Adriana Hidalgo Editora. Buenos Aires, Argentina.
- Lipovetsky, G. (2014). *Los Tiempos Hipermódnos*. Anagrama.
- Mancini, C. (2016). *Arqueología, patrimonio y usos del pasado Las transformaciones territoriales de la Quebrada de Humahuaca hacia un Paisaje Cultural*. Tesis doctoral, Doctorado en Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Mayoral Campa, E. (2001). *Arquitectura y patrimonio, aproximaciones desde el proyecto de arquitectura a la estación de San Bernardo de Sevilla y su entorno*. Tesis Doctoral Inédita. Universidad de Sevilla, Sevilla.
- Nora, Pierre (2009). *Les lieux de mémoire*. Lom Ediciones. Santiago de Chile.
- Prats, Llorenç (1997). *Antropología y Patrimonio*. Editorial Ariel. España.
- Rosas Mantecón, A. (2000) *La monumentalización del patrimonio: políticas de preservación y representaciones del espacio en el Centro Histórico*. Cuadernos de antropología Social 11, p. 165-182. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Stern, B. B. (1992). *Historical and Personal Nostalgia in Advertising Text: The Fin de Siecle Effect*, *Journal of Advertising* 21(4).
- Thomasz, A. (2017). *De la ciudad del "progreso civilizatorio" a la ciudad-museo : Buenos Aires y el patrimonio barrial*. Tesis de Licenciatura. Universidad de Buenos Aires. Facultad de Filosofía y Letras. Licenciado en Ciencias Antropológicas. Carrera de Ciencias Antropológicas. 2006.

- Thomasz, A. (2017). Etnografía de un proceso de resemantización simbólico: del barrio de La Boca al Distrito de las Artes. En *Quid 16 N°7, N° 67* (p. 67-93).
- Vazquez, D. (2020). *La humanización del espacio: El proceso de recualificación excluyente de espacios urbanos públicos centrales e históricos en la ciudad de Buenos Aires en las tres gestiones Pro (2007-2019)*.
- Verón, E. (1993). *Semiosis social, fragmentos de una teoría de la discursividad*. Editorial Gedisa, Barcelona, España.
-

Abstract: This article analyzes the way in which the buildings preserved from the past of Buenos Aires undergo a redefinition of its meaning aimed at satisfying new social and cultural needs of the construction of an urban memory. In this exploration, the Confitería del Molino building (Buenos Aires, Argentina) is used as a case study because its architecture, design, style and construction clearly exhibit the way in which the original meaning and its messages changed over time. The work establishes that this mutation was driven by the productive conditions of the discourse that has been operating in Argentine reality since the 1990s, which led to the need to build an urban memory based on high bourgeoisie architecture of Buenos Aires of the late 19th and early 20th centuries, a process that turned architectural heritage into an identity and nostalgic fetish at the same time.

Keywords: Memory - heritage - nostalgia - identity - art nouveau - semiotics.

Resumo: Este artigo analisa a maneira como os edifícios preservados do passado de Buenos Aires passam por uma redefinição destinada a atender às novas necessidades sociais e culturais de uma memória urbana. Como estudo de caso é usado o edifício da Confitería del Molino (Buenos Aires, Argentina), entendendo que sua arquitetura, design, estilo e construção mostram claramente a maneira como o significado original e suas mensagens foram transformadas ao longo do tempo. O trabalho estabelece que essa mutação foi impulsionada pela mudança nas condições de produção de sentido que operava na realidade argentina desde os anos 1990, o que levou à necessidade de construir uma memória urbana baseada na arquitetura da alta burguesia do final do século XIX e início do século XX, processo que fez do patrimônio arquitetônico uma identidade e um fetiche nostálgico ao mesmo tempo.

Palavras chave: Memória - patrimônio - nostalgia - identidade - art nouveau - semiótica.

[Las traducciones de los abstracts fueron supervisadas por su autor]
